Séneca

Una ética basada en
la conciencia de la finitud
y el respeto al prójimo

APRENDER A PENSAR

Séneca

Una ética basada en la conciencia de la finitud y el respeto al prójimo

RBA

Realización: EDITEC
Diseño cubierta: Llorenç Martí
Diseño interior e infografías: tactilestudio
Fotografías: Album: 26-27, 35, 60-61, 71, 91, 102-103,
132-133, 139; Bridgeman: 53

ISBN (O.C.): 978-84-473-8198-2
ISBN: 978-84-473-8320-7
Depósito legal: B-21064-2015

Impreso en Unigraf

Impreso en España - *Printed in Spain*

Sumario

Introducción

Probablemente Séneca sea uno de los filósofos más importantes y conocidos de la época del Imperio romano, circunstancia debida tanto a aspectos de su vida —su suicidio obligado o su relación con los emperadores de su tiempo, sobre todo con Nerón— como a su faceta de moralista, crítico con los vicios de la sociedad romana y defensor de nuevos valores. Sus obras, escritas en estilo conciso y con un amplio dominio de la retórica, se centraron en los asuntos de la ética, uno de los tres ámbitos en que el estoicismo dividía la filosofía. En cuanto a los otros dos, la física y la lógica, los trató en menor medida y apenas dejó obras escritas sobre ellos.

Lucio Anneo Séneca (Córdoba, h. 4 a.C.-Roma, 65 d.C.) no pretendió ser un filósofo dedicado a debatir los pormenores de sus teorías desde una posición alejada de la política y la sociedad de su tiempo, pues su objetivo era transmitir a cualquier persona con inquietudes morales un modelo de vida que condujera hacia el perfeccionamiento mediante la virtud, lo que en palabras del historiador francés Paul Veyne

es «un arte de vivir». Así, el ideal último de este perfeccionamiento sería la consecución del conocimiento.

El modelo de sabiduría propuesto por Séneca consistía en conocer la naturaleza y vivir conforme a ella, es decir, entender la vida y el destino mediante el conocimiento del universo, lo que permitiría constatar un hecho tan trascendental como la igualdad intrínseca de todos los seres humanos. De esta premisa se derivan los valores éticos desarrollados por el filósofo, reflejados en afirmaciones como la siguiente, la cual mantiene actualmente su plena vigencia: *Homo, sacra res homini* («El hombre es una criatura sagrada para el hombre»). Consciente de la fragilidad del ser humano y del dolor inherente a toda persona, Séneca exhortó a sus seguidores a que hicieran del mundo un lugar mejor en donde vivir, meta que proponía alcanzar mediante la adopción de valores y actitudes morales que entrañaban el respeto hacia todas las personas sin tener en cuenta su posición social.

Los contemporáneos de Séneca percibieron pronto su importancia como intelectual, mientras que los autores paganos posteriores destacaron en él su trayectoria política y su calidad literaria, en vez de la profundidad de su pensamiento. Por su parte, los primeros cristianos vieron en Séneca elementos que la nueva religión podía asumir sin contradicciones, como muchos de sus planteamientos morales o de sus teorías sobre la providencia y el alma. Si Tertuliano (h. 160-220) lo consideraba un *saepe noster*, es decir, «a menudo nuestro», san Jerónimo de Estridón (h. 340-420) llegó a incluirle en su *Catálogo de santos*. Posteriormente, ya durante los tiempos medievales, fue reconocida su faceta de moralista, lo que no excluyó que se le idealizara como el estoico romano por excelencia.

Séneca no fue un filósofo ni un autor sistemático, ya que su principal intención era transmitir un concepto de vida

y unos valores morales determinados, por lo que su obra escrita divergió de la de otros autores de la Antigüedad, como Platón o Aristóteles. Es decir, no buscaba presentar un sistema filosófico, sino convencer a sus seguidores y lectores de las virtudes morales del estoicismo. En este sentido, y aunque gran parte de sus creaciones literarias estén englobadas bajo el título genérico de «diálogos», estos se distinguen claramente de los platónicos en su condición de monólogos, con los que el filósofo se dirige a cualquier persona interesada en su pensamiento. Por fortuna se conservan gran parte de sus libros, lo que no siempre sucede con los autores grecorromanos.

La vida de Séneca, tan próxima al poder y a los riesgos que este conllevaba, es bien conocida gracias a los datos transmitidos por historiadores romanos como Tácito, Suetonio y Dión Casio, mientras que apenas contamos con información autobiográfica presente en su propia obra, así como acerca de la compleja relación política que mantuvo con emperadores como Claudio (41-54 d.C.) y Nerón (54-68 d.C.).

Nacido probablemente en la Córdoba romana en el año 4 a.C., se trasladó a la capital del Imperio, Roma, donde tiempo después llegó a desempeñar una notable labor como consejero político y senador que lo elevó a la cima del poder. Desde muy joven adoptó el estoicismo como guía ética y moral, aunque no dudó en aceptar teorías de corrientes como la cínica o la epicúrea que le condujeron a renovar la doctrina estoica originada en el siglo III a.C. por Zenón de Citio, Cleantes de Asos y Crisipo de Solos y continuada en el II a.C. por Panecio de Rodas y Posidonio de Apamea. En ocasiones, sin embargo, llegó a alejarse de la ortodoxia estoica para imaginar una divinidad más personal sin abandonar del todo el panteísmo de su propia escuela. Por todo ello, para comprender el pensamiento de Séneca es necesario

aproximarse primero al estoicismo romano y a su influencia entre las élites del Imperio.

La filosofía moral es el ámbito en el que Séneca logró sus aportaciones más brillantes y trascendentes, así como la faceta de su pensamiento que le supuso el reconocimiento de sus contemporáneos y de las generaciones posteriores. El filósofo cordobés no se propuso transmitir únicamente conocimientos teóricos, sino que pretendió siempre que el proficiente, el aspirante a sabio, adquiriera la verdadera sabiduría. El propio Séneca llegó a reconocer que esta aspiración era más un lento proceso de superación interior que una meta alcanzable para la mayoría de personas, incluido él mismo: «Para mí alcanzaría con mermar cada día un poco de mis vicios y reprocharme mis errores».

Según el filósofo, el ser humano se consume en una insatisfacción permanente que le impide ser feliz, circunstancia cuyo origen sitúa en el deseo de bienes y riquezas, la búsqueda del placer o el dolor por la pérdida de un ser querido, y en que no asume los dictados de la naturaleza y el destino. Así, el estoico expone que hay que aprender a aceptar los vaivenes de la fortuna y a no basar la felicidad en la satisfacción de los placeres corporales ni en la búsqueda de la riqueza y el poder. Él mismo indica en su diálogo *Sobre la vida feliz* (*De vita beata*), escrito en el año 58 d.C., que «en la virtud está radicada la dicha verdadera», y que una vez alcanzada la persona no lamentará supuestos males como la pérdida de riquezas o de libertad, pues el sabio ya poseerá en ese momento tanto la riqueza como la libertad interior.

Sus firmes convicciones morales lo llevaron a postular con vehemencia una conducta ética para mejorar el trato dispensado a las personas de las clases más bajas, como los esclavos y los gladiadores. Criticó con dureza el amor por el dinero,

el poder y los lujos, más aún si estos se logran de forma deshonesta, y trató cuestiones como la amistad, la defensa de la igualdad de todos los seres humanos, el cosmopolitismo y el respeto entre los cónyuges. Algunos de estos valores ya habían sido expuestos con anterioridad por otros filósofos, pero a Séneca le corresponde el mérito de defenderlos abiertamente antes que ningún otro pensador. No obstante, en ningún caso puede ser considerado un revolucionario en el ámbito social, pues desde su privilegiada posición política nunca defendió cambios legales que implantaran una mayor igualdad jurídica entre las clases sociales, sino un moralista cuyo propósito era humanizar las relaciones entre individuos en un mundo marcado por diferencias sociales y económicas determinantes.

Al profundizar en el pensamiento de Séneca no deben obviarse aspectos importantes de su obra relacionados con otros campos de la filosofía, como la metafísica. El autor asumió en gran medida el panteísmo estoico, que identificaba la naturaleza con un ser racional que lo abarcaba todo, pero esbozó también algunas teorías sobre la inmortalidad del alma y planteó una concepción más personal de la divinidad. Si bien no llegó a desarrollarlas plenamente, ello lo aproximó a autores de los primeros tiempos cristianos, que se consideraron cercanos a su concepto espiritual de la divinidad.

Sin duda alguna, hay que destacar también en Séneca su papel político y sus teorías en este ámbito que muy probablemente no eran consecuencia de la ambición social, sino de la convicción de que el sabio se debe a los demás y por ello está obligado a participar en la vida política o pública, siempre que esta responsabilidad no responda a un interés por el poder en sí mismo. Séneca asumió plenamente este principio estoico y llegó a consejero político de Nerón durante los

primeros años de su mandato, lo que lo convirtió en uno de los hombres más poderosos e influyentes del Imperio, nueva forma de gobierno que defendió en una época en la que gran parte de las élites intelectuales añoraban las libertades perdidas con la República. Por otro lado, su paulatina y voluntaria retirada del poder, al que en ningún momento trató de aferrarse, está también relacionada con el pensamiento de la escuela estoica.

Séneca fue obligado a suicidarse en el año 65 por orden de quien había sido su pupilo y protector, el emperador Nerón. Su heroica muerte, tan parecida a la de Sócrates, supuso la posterior idealización de su figura, si bien ello no ensombrece la singularidad de su obra debido sobre todo a los valores éticos presentes en ella y a la maestría con la que supo transmitirlos a sus seguidores. Según el filósofo, muy pocos pueden alcanzar la sabiduría absoluta, pero merece la pena emprender este proceso de superación interior, al que cualquiera puede sumarse sin tener en cuenta sus circunstancias económicas o sociales, ya que la propia búsqueda abre una puerta a la esperanza: pese a que los seres humanos caen una y otra vez en los mismos errores, pueden hallar la felicidad y la serenidad si las buscan en su interior, lejos de los placeres y los bienes externos.

Tal vez sea este el principal legado del filósofo cordobés: mostrar un arte para aprender a vivir en paz con uno mismo y con todos. Un camino difícil y exigente cuyo recorrido ilumina el pensamiento de Séneca.

OBRA

Séneca fue un autor prolífico del que se conservan íntegras numerosas obras, hecho poco habitual entre los autores latinos, y de quien se conocen, además, varias obras perdidas. Sus obras se pueden dividir en cinco grandes grupos.

- **Consolaciones.** Obras dirigidas a consolar al destinatario ante un hecho trágico: *Consolación a Marcia* (37-41), *Consolación a Polibio* (41) y *Consolación a su madre Helvia* (41-42).

- **Diálogos.** Obras, muy alejadas por su estructura y estilo de los diálogos platónicos, en las que se tratan diversas cuestiones filosóficas: *Sobre la ira* (41), *Sobre la brevedad de la vida* (48-49), *Sobre la tranquilidad del espíritu* (53-54), *Sobre la firmeza del sabio* (55-56), *Sobre la clemencia* (55-56), *Sobre la vida feliz* (58-59), *Sobre los beneficios* (59-62), *Sobre el ocio* (62) y *Sobre la providencia* (63).

- Cartas. Su única obra epistolar es *Epístolas morales a Lucilio* (62-64), considerada su principal obra y el compendio de su pensamiento filosófico.

- Tratados. Pese a que se conoce el título de otros libros sobre cuestiones físicas de Séneca, solo se ha conservado *Cuestiones naturales* (62-63), obra que trata sobre fenómenos de la naturaleza y las fuerzas que actúan en ella y en la que también abundan las reflexiones morales y filosóficas.

- Obras literarias. Tragedias, las únicas conservadas íntegras en latín: *Hércules loco*, *Las troyanas*, *Las fenicias*, *Medea*, *Edipo*, *Fedra*, *Agamenón*, *Tiestes* y *Hércules en el Eta*. La sátira *Apocolocintosis* (54) y algunos epigramas.

CRONOLOGÍA COMPARADA

V VIDA · H HISTORIA · A ARTE Y CULTURA

V 4 a.C.
Lucio Anneo Séneca nace en el seno de una familia acomodada de *Corduba*, la capital de la provincia Bética. Su padre era el procurador Marco Anneo Séneca.

A 8 d.C.
Ovidio acaba *Las metamorfosis*, poema en quince libros en el que se narran algunas de las transformaciones mitológicas más célebres.

H 14 d.C.
Muere el emperador Augusto. Tiberio Julio César Augusto, conocido como Tiberio, es nombrado emperador.

V 20 d.C.
Séneca conoce al filósofo Átalo, que se convierte en uno de sus maestros y quien le introduce en los principios del estoicismo.

A 24 d.C.
Muere el geógrafo e historiador griego Estrabón, autor de la magna obra *Geografía*.

V 25 d.C.
Viaja a Egipto para reponerse de una enfermedad respiratoria. Toma contacto con la cultura egipcia y la filosofía alejandrina.

V 31 d.C.
Regresa a Roma, donde comenzará su carrera política y como orador. Poco tiempo después obtendrá el cargo de cuestor.

H 33 d.C.
Tiberio concede el cargo de cuestor a Cayo Julio César Augusto Germánico, el futuro emperador Calígula.

V 37 d.C.
Escribe la *Consolación a Marcia*, en la que expone su postura ante la muerte, uno de los ejes de su filosofía.

H 37 d.C.
Calígula se convierte en emperador después de la muerte de Tiberio a los setenta y siete años de edad.

V 41 d.C.
Es condenado a muerte bajo el gobierno del emperador Claudio, pero se le conmuta la pena por el destierro a Córcega.

H 41 d.C.
Calígula es asesinado, víctima de una conspiración. Claudio se convierte en el cuarto emperador de la dinastía Julio-Claudia.

V 49 d.C.
Regresa de Córcega. Poco después se convierte en el preceptor del futuro emperador Nerón a instancias de Agripina, esposa de Claudio.

V 54 d.C.
Nerón nombra a Séneca consejero político y ministro. Junto con el oficial militar Sexto Afranio Burro, se convierte en gobernador *de facto* del Imperio.

H 54 d.C.
Claudio muere envenenado. Proclamación de Nerón como emperador, último de la dinastía Julio-Claudia.

V 65 d.C.
Séneca es acusado de participar en la conjura de Pisón contra Nerón y es condenado a muerte. Se suicida poco después.

A 65 d.C.
Fallecen el historiador y político Petronio, autor de *El Satiricón*, y el poeta Lucano, sobrino de Séneca y autor del poema *Farsalia*.

10 a.C. · 0 · 10 d.C. · 20 d.C. · 30 d.C. · 40 d.C. · 50 d.C. · 60 d.C. · 70 d.C. · 80 d.C.

0 1 H %
% $ $ G
/ 0 $$ ' 0 & 1
G 9 % 1 8 $ D
' $' $9 & $ D
G $ / 1 $ 1
$
- ; $ $ $ / $ 1 $ G
1 % C 9 < $
$ 0 $ > % 9 % $ & D
- $ ' $ F %
$ 0 F $ $ $
W G % G A % / %
H % A1 B
0 ' 0 % $, $
H % % $ ' F $ D
$ ' H F4 G % $ % $
$ ' C $ '

$ $ $ % / 1
$ G 9 C $ $ $
% - ($
H % $ & $ ' 9 D
0 $A B I 1 0/ * 6
! < !!5> $ 0 1 % $ $
$ %H %
J $ ' K $
1 % G $ 1 C
H C A $ $ D
$ ' / $ % D
' A $ 1;
0 $$ $
' $ A $ 1 '

que, aunque muy poco frecuentes, sí han existido sabios a lo largo de la historia, si bien «[...] nadie nace sabio, sino que se hace, sabe que de toda una generación poquísimos llegan a ser sabios». Ideal casi inalcanzable, el sabio es tan infrecuente como el ave fénix. En este sentido compartió la devoción estoica por Hércules. A este personaje mitológico, hijo de Zeus, padre de los dioses, y de la mortal Alcmena, popularmente conocido por su fuerza portentosa, los estoicos lo reverenciaban por la nobleza, el sentido de la justicia y la ímproba capacidad de trabajo.

Responsabilidad y constancia del sabio

El estado de sabiduría del hombre virtuoso le permite constatar que vive rodeado de necios que actúan mal por ignorancia y en contra de su propio interés. Por ello, su labor resulta ingente y prolongada, aplicada de continuo a la mejora espiritual de sus congéneres.

Séneca comparó la actitud que debe adoptar el sabio para con sus semejantes con la de un médico respecto a sus pacientes: al igual que el galeno examina las enfermedades sin sentir repugnancia, el sabio tratará con la misma indiferencia los vicios de los demás, pues en los dos casos el objetivo es sanar a un enfermo, uno aquejado de males del cuerpo y otro por dolencias del alma. Y por la misma razón, tampoco se ofenderá ni se irritará en ningún caso por la insolencia de sus semejantes, pues para el sabio no es sino consecuencia de la ignorancia, pero no de la maldad. Además, su elevada situación le permite desdeñar estas supuestas ofensas o injurias hacia su persona, que ni siquiera llegará a considerar como tales. En otras ocasiones, Séneca afirmó que el sabio debe tratar a los demás como niños: mientras que estos

últimos codician juguetes, los adultos, similares a ellos, se afanan por bagatelas inútiles como el oro, el dinero, el poder o el placer.

Dado que el número de personas aquejadas por la ignorancia es tan amplio y numeroso, Séneca comprendió que la situación del sabio no era envidiable, y la comparó con la de un pedagogo o terapeuta que trabaja con personas con problemas o deficiencias mentales; su elevada situación debe llevarle a compadecer a sus congéneres y a intentar corregirlos, no a castigarlos. Esta responsabilidad con respecto a los semejantes no es exclusiva del sabio, ya que todos los seres humanos se deben los unos a los otros, pero el sabio puede ayudar a muchas más personas, aparte de hacerlo mucho mejor, por lo que nunca debe encerrarse en sí mismo, sino que ha de contribuir de una manera u otra a hacer mejores a los demás seres humanos.

En este sentido, los estoicos en general, y Séneca en particular, entendieron que tanto el sabio como el proficiente tienen diversas maneras de ayudar, y una de ellas es la intervención en política. El estoicismo animaba a hacerlo cuando se dieran las condiciones oportunas.

LA VIRTUD PARA SÉNECA

Por su parte, el propio Séneca jamás se consideró más que un proficiente; un aspirante a sabio que simplemente se esforzaba en mejorar como persona. Reconocía no haber adquirido la plena sabiduría a la que aspiraban los estoicos, pero fue consciente de que había alcanzado una posición que le permitía ayudar a otros mediante sus consejos y acciones, sobre todo gracias a los cargos políticos asumidos tras su regreso a Roma.

A $ 1 ' $, 6" :
$ A $ G $ %
H ;% $ # "#
$ $ $ H H 0 $ <$ D
> P B < $ G D
% 1 >) ,
" $ + % ' H
9 %/ $ 0 $ $
1 % ' 9 H + %) D
H - 2
1 + % 9 & G
9 $ 9 %/ <6"> G 0 H $
H $ H 0 $ $;D
$ / $ $ D
$ G A $ 9 %/ % &
$
$ 0 $ ' H $ 9 D
% $ $ G
$ $/ $ # # # $ D
/ $ H $ $ 1 ;% $ -
$ 0' 1 / D
$ $ ' G % 1 $$
G H' / $
0 & $ 0 $ $ '
;% $ 8 % $ %/ $ D
$ 0 $ 1 ' < G
$ 0 % HA $ > % 1
1; $ G A $, 1
$ 1 / $ G $$ ' $ D
$ 1 $ <66>
- 1 $ / $$
$C ' 1 G $ 1 %
0 $ 1 / $ 0 $ A D

ca destacó pronto en esta institución, gracias a sus dotes de orador. Sin embargo, no era la intención del filósofo lucir en público su dominio de las artes retóricas, sino ofrecer al conjunto de la sociedad romana —a patricios, caballeros y plebeyos— el ejemplo de un comportamiento virtuoso.

¿Y en qué consistía esa virtud? De un modo general, como ya se dijo anteriormente, en haber aprendido a vivir conforme a la naturaleza.

Recuérdese la frase estoica «sigue la naturaleza» (*naturam sequi*). Es breve y (solo) aparentemente diáfana, pero para seguir a la naturaleza hay que saber en primer lugar en qué consiste. Séneca, fiel al estoicismo de sus predecesores, consideraba la naturaleza como el conjunto de las cosas existentes, el cosmos regido por un orden racional, independientemente de la denominación que esta norma reciba: logos, razón, providencia, destino, divinidad o dioses. El objetivo principal de la vida del ser humano consiste en lograr el reencuentro con su propia naturaleza, que forma parte de este universo racional. Es decir, se trata de una finalidad claramente intelectualista. Sin embargo, a menudo ocurre que la persona se desvía de este fin, al ignorar voluntaria o inconscientemente lo que verdaderamente le es propio —su ser racional— y sumergirse en todo tipo de vicios.

Por lo tanto, se trata sin duda de un saber, pero también de un deseo y una actitud, porque hay que renovarlo día a día contra dificultades de todo tipo, tanto en el ámbito público como en las costumbres privadas. Y como contenido de conocimiento es equivalente al bien supremo.

Séneca fue poco dado a detenerse en la reflexión sobre teoría del conocimiento. Uno de los aspectos epistemológicos que merecieron su interés fue la cuestión de cómo los estoicos habían llegado a conocer las nociones del bien y de la honestidad. Según él, este saber no lo había procurado la

& 9 8 $ G
C 1 $ $ C
G G $ 8
% $ ' $ $ ' $ $$ 0 $
$ 1/ 1 $ D
A $ H 1/ (1 $
$ $ $ 1 D
$$ ' G / 0 0/
$ G 0 &
$ 9 $ % /
A $ 1 ' $9 % / $ $
C$ $ 0 8 & G D
8 0 & ; 8
$ 1 $ $ % G
$ & 8 H $ G $ $ $ %
G $ 9 $ 1 $ &
% 1
$ $ ' $ 1
0 G 0 & G $9
C % / $ $9
0 % I D
$ 0 & 1 $
G $ % % $ G $
0 % $ B
0 ' 0 & J 1 0 1 $ 1 K - D
0 $ $ D
$ $, 1
1 0 $ / G C $ $ %
/ $ % $ $ $) C
$ $ A $ $ % G
$ $ 0
$ 0 & $ % ' G $
0 / 1 & $9 & % G % A , '

> Nada de cuanto poseemos es indispensable; hemos de retornar a la ley de la naturaleza.

$! " "

$ % #! & ' ('# $ ' #$) ! * #$+#! & "# $ #
!, $ " #! " +' # #"- ,"' ! & + $ #. & # .
* $' # ! $ " $ ' #" ! $ #"& (' $# $#"# "& #
.(' #$ #$#!/ & $ ' " #0 $ " " # # " 0 %# $
' $ " 1 # #"!'# +$! + # ! ! "#!'! 1 #
$ ' #" $ # ! $ 2%" # $ # +# . ('# " # " 2
'# # ! . $& # ('# ! ! # ! #3 '#" $ 1 #
' () 45" $ #& ! $!$ " & ('# ,"' # % ! #
% #! ! 2 "' #3 " 1 $ # 6 #$ * "' ! & ! $ $ 7
$ #" " !' $ $ ' #" ! $ #" " $#" $ ' #" # 0 #"- +#&
#" #$. * ! $

Al mismo tiempo, el poder de la virtud es tan amplio que incluso puede embellecer un cuerpo de apariencia deforme, afirmación que adquiere importancia si se tiene en cuenta que, en la Antigüedad, la belleza y la fealdad físicas solían ser tratadas desde criterios morales, y que a menudo la belleza corporal se equiparaba a la bondad y la fealdad a la maldad (así hizo Platón, por ejemplo). Y quizá encerrara esta convicción cierta autocomplacencia hacia el físico desmañado del cordobés, vapuleado por las enfermedades que desde niño le aquejaban.

PASIONES Y VICIOS

El ser humano recibe a través de los sentidos unas impresiones del exterior que la razón debe encargarse de analizar y regular. Tanto Séneca como los antiguos estoicos insistieron en que solo la razón percibe el bien, nunca los sentidos. Cuando la persona es consciente de la existencia de estas impresiones externas e intenta dominarlas, inicia su camino hacia la sabiduría. Sin embargo, la razón a menudo se equivoca ante las impresiones y los impulsos que recibe del exterior, debido al desconocimiento, que en definitiva es la causa principal de que el ser humano se aleje de la naturaleza.

Cuando el juicio incorrecto de una situación determinada se repite en posteriores ocasiones, el error puede llegar a convertirse en un vicio; en una enfermedad del alma como la avaricia o la ira. Siguiendo con sus habituales referencias a la medicina, reflejo de sus problemas de salud, Séneca comparó este juicio erróneo de la razón con una enfermedad, la de las pasiones, que cuando no permanecen bajo control pueden degenerar en otras afecciones más graves.

A diferencia de otros estoicos, Séneca señaló que existen algunos defectos congénitos —de nacimiento o por constitución física— que la práctica y la disciplina pueden corregir en parte, aunque no eliminar del todo. En estos casos se trata más bien de reacciones físicas que de defectos propiamente dichos. Sin embargo, según el historiador francés Pierre Grimal, autor de dos ensayos sobre el filósofo —*Séneca o la conciencia del imperio* (1978) y *Séneca* (1981)—, puede que Séneca se sirviera de esta idea para hacer una referencia velada a la naturaleza perversa del emperador Nerón, que él mismo trató en vano de moderar.

Séneca consideraba que el estudio filosófico debía estar siempre orientado a la consecución del objetivo moral de alcanzar una sabiduría práctica —es decir, la virtud—, por lo que criticó a quienes se dedicaban al estudio de la naturaleza o la filosofía únicamente por amor al conocimiento en sí mismo. Creía que las «cuestiones sutiles» podían aceptarse casi como un juego, apto para esas ocasiones «cuando no quieras ocuparte de nada», pero entrañaban el peligro de que su atractivo y brillantez cautivasen a la persona y la llevaran a abandonar su verdadero objetivo. En este sentido, Séneca se desligó de los primeros estoicos, que trataron en profundidad campos como la dialéctica o la física.

Los «preferibles»

Las numerosas exigencias que conllevaba el perfeccionamiento moral propuesto por los estoicos y por Séneca podían desanimar a muchos de sus seguidores. Por esta razón, Séneca escribió con frecuencia sobre la cuestión de los «preferibles». Para el sabio, todo lo que no sea el bien supremo —es decir, la virtud— debe ser considerado indiferente. Sin

% 1 H 0 $ D
$ J 0 % K J 0 % K
C G & G
1 9 $ $ 0 D
% &
% , % 0 D
$ 1 $ C 9 1 $ 1 $ (
% J 0 % K 0 G
$ C 0 $ 1 $ D
0 $ C A %
G $ G $ $ $ C
; $ $ G & A $ 0 $ D
$ $ $$ ' 0
% G $ $ ' 9 % D
$ N 0 '
$ $ $ / % J 0 D
% K / C 1 , '(J ^ $
UG A 0 $ 9 ; % $ %
G V_ $9/ (G & $
% C $ $ $ K
A $ 0 % % A G $ $ $ $
J 0 % K % G D
H $ $ G
% % $9 & G & $ 1 9 D
0 $
0 $ % $ ' 9

El empleo del tiempo

: 1L 1 $ % A D
1 9 % 9 9
' $ 9 % A $ &' $ '

su diálogo *Sobre la brevedad de la vida* y en algunas de sus cartas. Según el filósofo cordobés, no se trata de que el tiempo sea escaso, sino de que perdemos mucho. Y proseguía: la vida es suficientemente larga para lo que realmente importa, que es dedicarla sin cesar a la búsqueda de la sabiduría, sin desperdiciar el valioso tiempo en afanes inútiles que aparten a la persona de tan elevado objetivo.

En su opinión, la mayoría de personas, dominadas por pasiones y vicios de todo tipo, pierden constantemente el tiempo:

> Breve y angustiada por demás es la vida de los que se olvidan de las cosas pasadas, descuidan las presentes y sienten temor por las futuras: cuando han llegado a las últimas, tarde comprenden, infelices, que han estado atareados todo ese tiempo en no hacer nada.

Se debe aprender a vivir sin temor al futuro, y una vez logrado este objetivo se consigue vivir realmente, pues el resto de seres humanos simplemente «existen».

En definitiva, el único que llega a emplear su tiempo vital de forma correcta es el sabio, pues ha aprendido a organizar todos sus días como si fueran el último y no teme ni ansía lo que le depare el futuro. Es decir, ha llegado a un estado de virtud y de felicidad tal que ninguna experiencia o suceso nuevo puede añadir o restarle algo a su situación.

Aprender a morir

Probablemente el principal miedo al que se enfrenta un ser humano sea a su propia muerte. Séneca, a lo largo de su obra, insistió en la necesidad de restar importancia al hecho

G 9 % $ 0 $ 1
1 $ $
= $ $ % 9 G $ 1 $ '
% 9 $ C A $ ' ;
% % 9 $ D
(H 0 ' 0 9 %/ $
% 0 G $ %
' $ $ ' 9 $ D
% G $ / $
, 65 $ 1 $ D
A $ ' %
% C 1 0 $! " - 4
H $ $ 0 ' 0 G % '
, 1 9 H
A $ $! F
G $ % 'F =$ 9 H D
1 G ' $
9 H $, - D
1 G ' H $ $
0 9 H) $ 9
< 9 H + % > A $ 0 / D
- G / $ $ ' G
C C C
! A $ G D
1 G $ 9 % $ %
G 1/ 9 % 9 $9
1 G / $ UG A 9 % / $ 1 V
0 ' 0 0 (J C G
G K -
; $ G $
$ $
A $ 1 1 $
$ G $ $

conducta es coherente con las teorías mantenidas durante toda la vida: «Así pues, sin temor me dispongo para aquel día en el que, rechazados ardides y disfraces, he de juzgar sobre mi conducta: si enseño la fortaleza o la siento, si hubo simulación y farsa en cuantas expresiones porfiadas lancé contra la fortuna».

También se encuentran en la obra otros elementos habituales de su pensamiento, como son la aceptación del destino y el dominio de las pasiones y el dolor. Por otro lado, se evidencia también en *Consolación a Marcia* al Séneca más humano y cercano, como cuando dirige las siguientes palabras a la desdichada madre: «Y no te voy a inducir a normas tan estrictas que te aconseje sobrellevar lo humano de manera sobrehumana y quiera secar los ojos de una madre el día mismo del funeral». Además, también se aprecia la preocupación por la finalidad práctica de sus escritos, como medio para lograr una utilidad moral, que en este caso era conseguir que una madre superara el dolor provocado por la muerte de su hijo.

Como consuelo ante la muerte, si cabe, el cordobés manifestó en esta misma obra su firme creencia en la inmortalidad del alma.

Séneca sabía bien de qué hablaba, porque su condición de personaje público lo mantenía en la primera línea del riesgo físico. Así ocurrió en el año 39, dos años después de la muerte del emperador Tiberio y la entronización de Calígula, monarca que ha pasado a la historia por su insania: aparte de incontables atrocidades de rango criminal, se le recuerda por locuras como haber nombrado cónsul a su caballo.

Calígula no ocultaba su animadversión hacia los intelectuales. Prohibió las obras de Virgilio y Tito Livio y ordenó la muerte del cordobés, el orador más reputado del Senado romano. Séneca salvó la vida *in extremis*, paradójicamente

lión, que ordenó arrojar a un esclavo a un estanque de morenas para que lo devoraran tan solo porque había roto un vaso de cristal durante un banquete. Afortunadamente, el esclavo fue salvado de tan cruel muerte por el emperador Augusto, que era uno de los comensales, quien ordenó romper todos los restantes vasos y lanzarlos al estanque. Pese a que en este caso la fortuna sonrió al esclavo, no dejaba de ser una muestra de hasta dónde podía llegar un amo cruel.

Los gladiadores

En época romana, un grupo peculiar era el constituido por los gladiadores, cuyos combates eran uno de los espectáculos preferidos de la población. Tanta pasión despertaban que en 160 a.C. los espectadores de una obra de teatro, *La suegra*, del comediógrafo Terencio (hacia 194-159 a.C.), abandonaron en masa el teatro al correrse la voz de que iba a tener lugar un espectáculo de gladiadores.

Cierto que no todos los gladiadores eran esclavos, pues también había hombres libres que adoptaban voluntariamente esta profesión por un determinado período de tiempo, ya que ello les podía proporcionar dinero y fama. Existía un riesgo real de morir, pero había muchos combates que no acababan necesariamente con la muerte de ninguno de los oponentes.

En Séneca, la crítica a los combates de gladiadores tiene una doble vertiente: el rechazo al sangriento espectáculo en sí mismo y la compasión hacia la terrible situación de los contendientes, que luchaban por obligación o por dinero. En primer lugar, este espectáculo denigrante suponía una pésima lección moral para los asistentes, puesto que los espectadores sentían placer ante la visión de seres humanos que luchaban entre sí. En segundo lugar, era moralmente

reprobable porque obligaba a un hombre a morir o matar simplemente para diversión del público.

Séneca resumió su rechazo a este espectáculo en el siguiente pasaje: «Al hombre, criatura sagrada para el hombre, se le mata ahora por juego y diversión, y si era una infamia adiestrarle a infligir heridas y recibirlas, ahora se le hace bajar a la arena desnudo y desarmado y es satisfactorio el espectáculo que ofrece la muerte de un hombre». Estos hombres, con todo, tenían la posibilidad de poner fin a su denigrante forma de vida. Séneca refirió algunos casos de gladiadores que prefirieron suicidarse antes que luchar en la arena, un ejemplo para el filósofo de que la dignidad está al alcance de todos.

Los juegos de gladiadores a veces se combinaban con ejecuciones públicas de reos de graves crímenes. Estos eran condenados a morir devorados por las fieras o en combates entre ellos, un castigo que tenía fines disuasorios. Séneca también rechazó que este tipo de ejecuciones se pudiera convertir en un espectáculo para divertir a la masa. Sin embargo, el cordobés no se pronunció categóricamente en contra de la pena de muerte, incluso en *Sobre la ira* la justificó en casos extremos, al considerar que ciertos criminales sufrían un proceso de degeneración espiritual irrefrenable, fruto de la contumacia en el seguimiento del error y la práctica de los vicios.

La mujer

Hombre de su época, Séneca reflejó a menudo la misoginia habitual de tantos escritores y filósofos grecolatinos. En este sentido, son varios los pasajes en los que Séneca reprodujo los tópicos imperantes contra las féminas. Sin embargo, también cabe destacar otros pasajes en los que da una vi-

sión positiva de ellas o defiende la igualdad de deberes entre esposos. Cabe resaltar que estos últimos textos son mucho menos numerosos que los primeros, pero esta singularidad los hace sumamente interesantes, al alejarse de los tópicos habituales, algunos de ellos más bien retóricos.

En primer lugar cabe destacar un pasaje de la carta 94 de las *Epístolas morales a Lucilio*, en el que Séneca señaló la necesidad de que el marido tenga un comportamiento acorde con lo que exige a su cónyuge. No se puede pretender que la mujer sea pudorosa mientras el marido seduce a las mujeres de otros. Es decir, el varón no puede reclamar a su mujer algo que él mismo no cumple.

Por otro lado, el filósofo se mostró especialmente cariñoso con su mujer, «mi querida Paulina», en la carta 104, donde reflejó el amor que sentían mutuamente. La esposa, preocupada por la salud de Séneca, rogaba al filósofo que se cuidara más. Y este, por amor hacia ella, sentía la necesidad de cuidarse más a sí mismo: «[...] pues ¿qué sentimiento más agradable que serle querido a tu mujer hasta el punto de resultar por ello más querido a ti mismo?». Una vez más, Séneca suavizaba las antiguas doctrinas estoicas con su aceptación de algunos afectos, en este caso hacia el cónyuge.

Por último, resulta sorprendente para los valores de la época el siguiente párrafo de la *Consolación a Marcia*, en el que Séneca hizo una bella defensa de la mujer y que merece ser reproducido literalmente:

> ¿Pero quién ha dicho que la naturaleza haya actuado malintencionadamente con los temperamentos femeninos y haya reducido sus cualidades a un estrecho límite? Créeme, ellas tienen el mismo vigor que los hombres, la misma capacidad para las empresas elevadas, cuando quieren; del mismo modo soportan, si se han acostumbrado, el dolor y la fatiga.

En el año 49, el emperador Claudio perdonó a Séneca, quien pudo abandonar su destierro en Córcega. Había intercedido en su favor Agripina, la nueva emperatriz, cuya predecesora —Mesalina, primera esposa del emperador y enemiga acérrima del filósofo cordobés— había sido ejecutada un año antes por conspiradora y bígama. De nuevo en Roma y otra vez a instancias de Agripina, Séneca admitió la tutoría (49) de Lucio Domicio Ahenobarbo, nacido de un matrimonio anterior de la emperatriz. El pupilo, que llegó a ser césar, pasaría a la historia con el nombre de Nerón.

Durante su período de ostracismo político, Séneca había perseverado en sus estudios y meditaciones sobre la naturaleza, a cuyas conclusiones dio forma años más tarde en sus *Cuestiones naturales*, tratado que dedicó a su amigo Lucilio.

En esta obra resumió el cordobés su concepto de la divinidad de la siguiente manera: «¿Qué es dios? El alma del universo. ¿Qué es dios? Todo lo que ves y todo lo que no ves». Con esta sencilla explicación parecía zanjar su idea de la divinidad asumiendo plenamente el panteísmo del estoi-

cismo más tradicional. Nada más lejos de la verdad. Como se verá en los siguientes párrafos, las ideas en torno a lo divino adquirieron en Séneca una gran complejidad, que superó la cosmovisión del estoicismo ortodoxo.

Según los estoicos, incluido Séneca, el universo es como un organismo vivo, un «animal» que está constituido a su vez por otros seres. La divinidad que rige el universo es racional y puede recibir numerosos nombres (logos, dios, providencia, hado, fortuna, universo...). Por su parte, Séneca a menudo denominó a esta divinidad con el nombre tradicional de Júpiter, pero también indicó otros nombres para mencionarla: el destino, por cuanto supone la primera causa de la que se derivan las restantes; la providencia o fortuna, puesto que garantiza la existencia del universo; la naturaleza, por cuanto todo ha nacido de ella; y el mundo, ya que «él es todo lo que ves, está todo entero en cada una de sus partes y se sostiene por su propio poder». En este universo racional conviven dos principios: la causa activa y la materia inerte. El primero es el logos, es decir, la divinidad, la cual, dado el materialismo del estoicismo, se identificaba con el fuego. Este, al operar sobre la materia, crea y transforma todas las cosas.

Para el filósofo estoico Crisipo (h. 280-208 a.C.), el principio activo era el fuego, idéntico a dios. Y para Posidonio (135-51 a.C.) era el aire mezclado con el fuego. En cambio, Séneca consideró que dicha causa activa, a la que daba el nombre de *spiritus* o *aer*, era el aire. Se trata de la energía presente en todo el universo y que circula a través de todas las cosas, siendo la responsable, asimismo, de todos los cambios que se producen en la materia. Además, el aire funciona como nexo de unión entre todos los elementos del universo. En palabras del historiador francés Pierre Grimal: «Esta corriente energética implica una "tensión" entre los diferentes elementos, que forman una cadena ininterrumpida, precisamente para

lósofo: la bondad. Dios, los dioses, Júpiter..., eran buenos por naturaleza, por lo que siempre actuaban bien; no solo no querían perjudicar al ser humano, sino que no podían hacerlo, dada su naturaleza. Y, al igual que el sabio, no podían recibir ni infligir daño alguno, puesto que su propia naturaleza se lo impedía.

Dios es el padre de todos los seres humanos y ha beneficiado a la humanidad otorgándole todo tipo de bienes y facultades. Aunque la divinidad no ha dispuesto el universo únicamente para la especie humana, sí que la ha ubicado en una situación central, con una naturaleza muy próxima a la suya propia. Séneca incluso llegó a calificar a dios de servidor del género humano, puesto que está a la «disposición de todos en todas partes», frase con un eco más cristiano que estoico: dios no es ya solo la idea abstracta de un universo racional, sino una presencia que la persona puede sentir a su lado. Por todo ello, no hay que temer a la divinidad, sino amarla. Además, siguiendo sus teorías en torno a los beneficios, los seres humanos deben mostrarse agradecidos hacia los dioses por todos los bienes que reciben de ellos.

Si lo desea, el ser humano puede establecer una relación estrecha e íntima con la divinidad. Dios, como se apuntaba en el párrafo anterior, no es únicamente un concepto abstracto, es el alma bondadosa y racional del universo hacia la que tiende el alma humana. Por esta razón se debe venerar a la divinidad, si bien hay que hacerlo de una forma muy diferente de la tradicional. En primer lugar, hay que creer en los dioses y reconocer su bondad. En segundo, hay que tener presente que honra a los dioses debidamente aquel que les rinde culto esforzándose por ser virtuoso y por imitarlos.

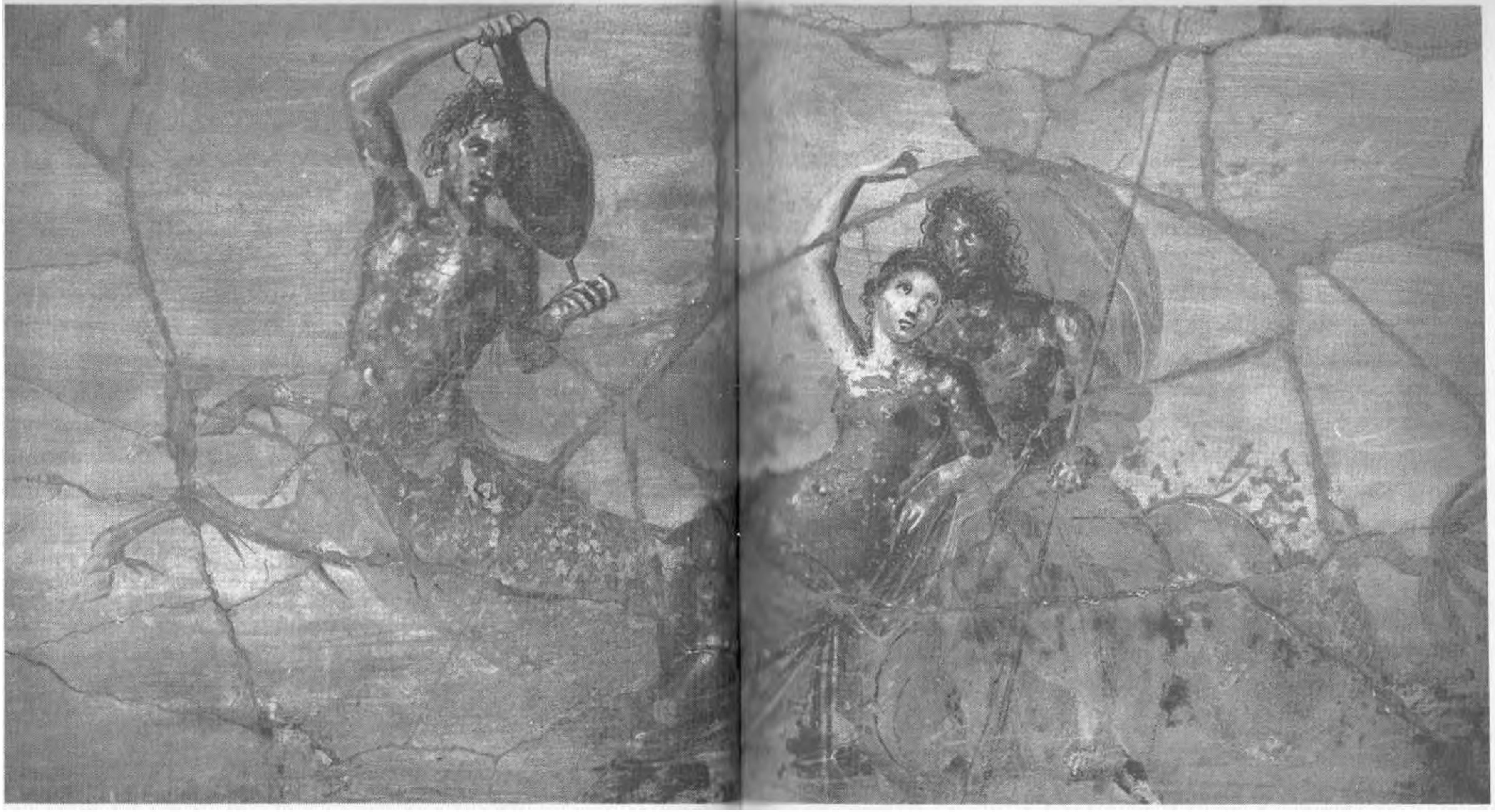
Esta forma personal de venerar a los dioses también se reflejó en las sencillas plegarias que Séneca recomendaba. A los dioses se les puede rogar por la rectitud de la mente

y la salud del alma —en definitiva, la verdadera felicidad—, peticiones que cualquier persona podría realizar en público sin avergonzarse. Dado que alcanzar la felicidad solo depende de uno mismo, estas plegarias resultan más una forma de comunicación con la divinidad que una petición en sí mismas. Séneca resumió esta relación con dios de la siguiente manera: «Vive de tal suerte con los hombres como si dios te contemplara, habla de tal suerte con dios cual si los hombres te escuchasen».

El nuevo concepto religioso de Séneca le llevó tanto a criticar la religión romana tradicional como los nuevos cultos procedentes de Oriente. Respecto a la primera, calificó de «tonterías de los poetas» las narraciones mitológicas sobre los dioses. Aunque Séneca utilizó frecuentemente el nombre de Júpiter —principal divinidad del panteón romano, asimilada al Zeus griego— como sinónimo de dios, su idea de este dios no tiene nada en común con la mitológica, que lo muestra como una divinidad dada a las aventuras amorosas y no siempre éticamente irreprochable. Pese a ello, tales «licencias» poéticas no pueden ser consideradas como sacrilegio. Para Séneca, dios no puede recibir ofensa alguna, por lo que nadie puede cometer sacrilegio contra él y, en consecuencia, no puede existir el concepto de «sacrilegio». Asimismo, también rechazó la creencia tradicional en la existencia de una divinidad interior que protege a cada persona, llamada *genius* por los romanos.

Empero, más crítico que con estos aspectos de su religión se mostró Séneca con algunas prácticas religiosas extremas de los cultos orientales. Así, evidenció su profundo desagrado ante rituales como provocarse heridas o arrastrarse de rodillas, practicados por los devotos de los nuevos credos.

Pero su principal crítica a las diferentes religiones de la época se dirigía al hecho de que estas buscaban sobre todo ejercer



)I ##I "# !"<)

- + & "

$ 0 $ 6 + - + $

& + + + 0 (

+ $ $ 1 $ % 90 ?MJ30 KKJ:

$,6 ! 2 D E # $ 2

0

$ $ + / * 2 2

una influencia sobre la divinidad. Gracias a tal influencia, el devoto creía que conseguiría bienes «indiferentes» como cargos, honores o riquezas. Desde el punto de vista de Séneca y los estoicos, este intento de influir resultaba completamente inútil, a la par que mezquino, puesto que todo ya había sido dispuesto por la divinidad desde el inicio del universo. Por otro lado, los dioses tampoco necesitaban las ofrendas ni los rituales que les ofrecían los seres humanos: dios es quien posee todo y quien otorga todo, y, además, concede sus favores —la privilegiada naturaleza y constitución humana— sin pedir nada a cambio, incluso a los ingratos.

A lo largo de la obra de Séneca se perciben las dificultades que experimentó para conciliar las teorías estoicas sobre la divinidad con su propia búsqueda espiritual de un dios más personal. Muy probablemente no lo consiguió debido a que partía de dos extremos divergentes: un panteísmo filosófico que se basaba en explicaciones físicas y una religiosidad interior que anhelaba establecer un firme vínculo con la divinidad. Pese a ello, su concepción de una divinidad bondadosa constituyó el pilar sobre el que basó su defensa del amor y la fraternidad entre todos los seres humanos. Por otro lado, esta «búsqueda de dios» conllevó que los cristianos se apropiaran de la figura de Séneca, al ver en él, según palabras del historiador de la filosofía Adolfo Levi, «un alma acongojada que tendía hacia ideales afines, si bien distintos de los de ellos».

"!   Y# "!

Todo lo que sucede en el universo responde a unas leyes inexorables que han sido previamente dispuestas por la divinidad. Por esta razón, es erróneo juzgar el cosmos desde pa-

C 9 (9 $; $ D
$ 9 G 1
G $ & $
) / $ 9 G D
% $ $ G 9 1
&) G $ $ A D
(J $ $ % 9 D
1 G (0 $ $
$ % ' $ $, A (
% $ & 'K
G C 9 % A $
% A ' 1 $ ' % D
C 1 % $ %
& % G $
% $ A ($ $
0 0/ ; $ G 9
$ F J $ KF % D
& (

G 0 $ - $ $
9 G $ 0 0/ 8
9 $ $ % C %
9 $ & D
H $ $ 9
0 0/ %

) $ $ G A $ ' D
$ ' $ % - (
U G A C 1 $ $ D
$ % V W 1 (U 9
% V
- $ ' $ Sobre
la providencia 1 $ B A $ 9

que rechazar la idea de que las dificultades o los problemas sean males. Cuanto sucede en la vida, por muy desagradable que parezca a primera vista, es acorde con la naturaleza y debe ser aceptado. Es la ignorancia lo que provoca que a menudo las personas nieguen la existencia del orden racional del universo o crean que su vida está sometida al mero azar. Por esta razón se hace tan importante el estudio de la filosofía: mediante ella, el ser humano llega a percibir el universo como un conjunto armonioso en el que todo lo que sucede responde a la voluntad divina. Una vez alcanzada esta verdad, los supuestos males que toda persona experimenta a lo largo de su vida dejan de ser considerados como tales y adquieren su propio sentido dentro de la larga cadena de sucesos del cosmos:

Hemos nacido en un reino: obedecer al dios es la libertad.

Sobre la vida feliz

> Hace tiempo quedó establecido de qué disfrutas, de qué te lamentas y, a pesar de que las vidas de los individuos parezcan ser variadas con grandes diferencias, el total viene a ser solo esto: perecederos nosotros, recibimos bienes perecederos.

Por otro lado, Séneca creía que los dioses ponen a prueba a las personas que más aman, pues ello supone una oportunidad para que estas demuestren su virtud ante las adversidades. Cualquiera puede asumir la teoría; enfrentarse valerosa y serenamente a las dificultades, en cambio, significa que la virtud ha enraizado en el alma.

Respecto a la segunda pregunta, Séneca, al igual que los otros estoicos, se planteaba lo siguiente: si el destino de una persona está establecido de antemano, ¿el ser humano puede ser libre? Séneca postuló repetidas veces la existencia de esta libertad. Es cierto que no se puede luchar contra el destino,

pero la persona tiene siempre la posibilidad de aceptarlo voluntariamente, lo que ya es en sí una muestra de su libertad. El filósofo resumió su idea de aceptación voluntaria de la siguiente forma: «[...] en todos estos sucesos que parecen adversos y penosos me he impuesto esta conducta: no obedezco a dios sino que consiento con Él, lo secundo gustosamente, no por necesidad». Además, no solo es inútil oponerse al destino, sino que también se muestra insolente aquel que intenta corregir el orden divino antes que a sí mismo.

En definitiva, el ser humano, según el célebre símil estoico, es igual a un perro atado a una carreta que va en una dirección concreta: puede asumir como propia tal dirección u oponerse en vano a ella; el resultado será el mismo, pero en el primer caso acompañará sin dificultad a la carreta y, en el segundo, será arrastrado por ella. Dada la imposibilidad de oponerse al destino, el ser humano solo se debe preocupar de aquello que esté en su mano cambiar. Todo aquello que no dependa de uno mismo, por el contrario, debe ser aceptado de forma serena.

"# #)

En Séneca, la concepción del alma estaba basada en las teorías estoicas, pero recogió también algunos elementos platónicos, así como sus propias intuiciones. Para el filósofo cordobés, el ser humano está constituido por alma y cuerpo. Este último no es más que una molesta atadura de la que el alma ansia liberarse. En este punto adoptó en gran medida el dualismo de Platón, tal como fue expuesto por el filósofo ateniense en el , !

Por su parte, el alma consta de dos componentes, uno racional y otro irracional. Este último se subdivide a su vez en

(C ' %
A% G 1 $ %
$ $ 1 $ G
$ 1 $ $ % $ D
% 1 A $ $ / G C $
H G 1 G C
9 % G $9 1 J C 1
K $ $ G G C
$ % $
- $; $ D
G & H
$ / G A $ $ 0 $
$ / $ 0 $ % J K(%
$ / $ $ % /
0 $) 0
E $ $ &' $ & G 9 D
H $ $
$ $ $ $ $
% $ % 0 & $ 1 G $ D
$ $ % $
$ $ $ $ B
J $ % 1 K A $ G G
J K 9 $ 9
$ $ $ D
9 G $ $C $
$ & & A $ $ '
9 $ $ (J $ $ K J & D
% K J $ K J$ $ 0 H $ &
$ % K J C 1 K $ $ D
% G
$ G G $ $
G $ $ / & A $ $ 1'
0 G 0 G $

La parte racional del individuo era para Séneca la única valiosa del ser humano, ya que la irracional está siempre sujeta a placeres y pasiones que impiden alcanzar la sabiduría y la verdadera felicidad.

ser humano serían una prueba de que el alma se halla en un lugar que le resulta ajeno. Esta visión negativa del cuerpo se extendió también a preocupaciones terrenales por cuestiones como el dinero o el poder.

¿Cómo llega el ser humano a tener conocimiento de la existencia de su alma? Por analogía. Séneca comparó la convicción que tiene todo sujeto acerca de la existencia de su propia alma con la conciencia del propio cuerpo presente en animales y niños pequeños. Estos carecen de un conocimiento «abstracto» de su cuerpo, pero lo «sienten» y saben utilizarlo de la mejor forma posible. Del mismo modo, el ser humano puede ignorar muchas cosas sobre el alma —de dónde procede, dónde se halla, qué cualidades tiene...—, pero puede «sentirla».

Séneca intentó mantenerse dentro del estoicismo tradicional cuando afirmó la corporeidad del alma. En este sentido, señaló que es una parte del pneuma divino, el cual, como cuerpo sutil, es similar al aire, a un hálito tenue. Pero al mismo tiempo planteó una imagen del alma mucho más espiri-

tual que sus predecesores, en ciertos aspectos muy parecida a la de religiones posteriores como la cristiana. Igual que sucede en cuanto a su concepción de dios, en el caso de sus ideas sobre el alma Séneca también intentó conciliar las teorías estoicas con sus inquietudes religiosas. El resultado es el mismo: su fidelidad al estoicismo frenó en cierta medida sus intuiciones religiosas, que no llegó a desarrollar plenamente.

La inmortalidad

En cuanto a la cuestión de la inmortalidad, más que postular certezas, Séneca mostró su deseo de creer en ella. En ocasiones planteó sus dudas respecto a esta y la consideró como un «bello sueño», *bellum somnium*, una posición consecuente con una creencia que se halla más en el ámbito de la religión que en el de la filosofía. Por ello, la inmortalidad era para Séneca un acto de fe, algo en lo que se quiere creer, pero que no puede llegar a demostrarse.

El filósofo indicó en algunos de sus pasajes que, tras la muerte, el alma se ve liberaba del cuerpo para unirse a dios (el orden racional del universo). Estableciendo una comparación con el cosmopolitismo estoico, señaló que la verdadera patria del alma es la patria divina, de la que el alma de cada persona solo constituye una ínfima parte. Por ello, lo propio del alma es desear unirse a la divinidad, liberarse de las cadenas corporales y de las pasiones para alcanzar de nuevo la pureza. La vida terrenal no sería otra cosa que una gestación: la muerte es el parto que supone el regreso del alma a su estado anterior. En este sentido, para Séneca la muerte era el día «del nacimiento para la eternidad», cuando queda el componente más noble tras desembarazarse de la carga que supone el cuerpo. Es entonces cuando el alma

vuelve a su patria originaria, de la que partió en el momento del nacimiento, y puede disfrutar de una existencia mejor libre de pasiones.

Esta concepción lo aproximaba, a través de Posidonio, a la corriente órfico-pitagórico-platónica, que se basaba en el orfismo, expresión religiosa singular en el contexto religioso griego. Surgido hacia el siglo VI a.C., este credo predicaba un estilo de vida marcado por un estricto vegetarianismo y la prohibición de sacrificar animales, así como por un acentuado misticismo, que se contraponía a los valores cívicos y religiosos de las polis. Parte de estas teorías religiosas fueron recogidas por los pitagóricos y Platón, quien compartía con el orfismo el dualismo entre cuerpo y alma. Asimismo, algunas ideas del orfismo en torno a la pureza del alma y la salvación personal se adaptaban bien a ciertas corrientes místicas de la época en que vivió Séneca.

En otros casos, el cordobés pareció seguir a algunos estoicos como Crisipo, para quien solo las almas de los sabios y los virtuosos sobreviven tras la muerte hasta el momento de la llamada «conflagración universal». En la parte final de *Consolación a Marcia*, el filósofo describió un cielo poblado por almas virtuosas donde Metilio, hijo fallecido de la destinataria de la obra, vive como espíritu una existencia mejor en las alturas, pues ya liberado de la carga terrenal disfruta de la eternidad y del conocimiento del universo. Probablemente estas páginas buscasen consolar a la afligida madre, pero la imagen ofrecida de «esa ciudadela celeste» se aproximaba mucho a la de algunas religiones orientales —entre ellas, la cristiana— que poco a poco se iban asentando en el Imperio.

Sin embargo, Séneca retomó la ortodoxia estoica al hablar de la mencionada «conflagración universal» al final de dicho pasaje. Para el estoicismo, el universo se renueva de forma

cíclica mediante destrucciones causadas por el fuego. Tras esta destrucción, las almas virtuosas se diluyen en la razón divina. Este planteamiento estaba lejos de la idea de una inmortalidad personal y abierta a todos. En primer lugar, cabe señalar que solo algunas almas escogidas sobreviven tras la muerte. En segundo lugar, el concepto de «eternidad» presente en este pasaje se refiere a la unión con dios, no a la supervivencia eterna de la individualidad de cada alma, pues estas solo permanecerán hasta la «conflagración universal». Séneca resumió así lo que acontecía a las almas en el momento de la destrucción del universo:

> **Ese día que temes como el último es el del nacimiento para la eternidad.**
>
> *Epístolas morales a Lucilio, 120*

> También nosotros, espíritus dichosos y agraciados con la eternidad, cuando le parezca bien a la divinidad reconstruir todo esto, durante el derrumbamiento universal, como una porción minúscula añadida a la desmesurada catástrofe, nos convertiremos en los elementos primeros.

La incertidumbre que Séneca mostraba ante las cuestiones de la inmortalidad y el alma —y que él mismo reconocería— se refleja en diversos textos. En ciertos casos incluso expresó abiertamente sus dudas con respecto a la inmortalidad: «La muerte o nos destruye o nos libera: liberados nos queda el componente más noble, una vez desembarazados de la carga; destruidos nada nos queda, al sernos arrebatados por igual los bienes». Y, asimismo, en ciertos pasajes rechaza abiertamente cualquier creencia en la inmortalidad: «La muerte es el no ser». La vida no sería otra cosa que un mero paréntesis entre el estado anterior al nacimiento y el posterior a la muerte: la nada. No hay que tenerle miedo

ya que, al igual que antes de nacer no se existía, tras morir tampoco se existirá.

Las dudas y la incertidumbre de Séneca ante la inmortalidad son una muestra más de su religiosidad interior, a menudo frenada por sus convicciones filosóficas. Séneca deseaba creer en la inmortalidad, pero no a cualquier precio: la fe debía estar también sustentada por la razón. Por ello, a lo largo de su vida intentó encontrar una explicación satisfactoria a las cuestiones relativas a la divinidad y el alma. No lo logró, pero lo que engrandece su pensamiento es esa mezcla de anhelo espiritual y búsqueda intelectual que lo acompañó a lo largo de su vida.

EL ESTUDIO DEL MUNDO FÍSICO

Al establecer la práctica identidad entre el universo y la divinidad, el estoicismo convierte el estudio del mundo físico en el pilar sobre el que reposa su cosmovisión y, por extensión, la ética de esta corriente. Las leyes físicas que regulan el universo serían la evidencia del orden racional establecido por la divinidad, de ahí la importancia de conocerlas. Séneca defendía que el proficiente debe dirigir su mirada al estudio del universo con la voluntad de acercarse a la divinidad, no por mera curiosidad científica. Es decir, la relevancia del estudio de la naturaleza radica en que permite comprender y conocer el orden racional del universo, o sea, al mismo dios. Además ayuda al alma a liberarse de las preocupaciones y los miedos humanos, pues le muestra lo que realmente tiene importancia: la presencia de la divinidad en el universo y la constatación de que el ser humano, si renuncia a las pasiones terrenales, puede participar de tal naturaleza. Por otro lado, la grandeza y belleza del universo muestran a la persona su propia insig-

nificancia y la irrelevancia de sus preocupaciones y miedos. En este sentido, bienes y conceptos tan relevantes para la mayoría de personas como patria, honor o riqueza pierden todo su valor.

Igual que en el caso de las disquisiciones filológicas, la curiosidad por llegar a comprender el funcionamiento del mundo puede convertirse en un pasatiempo reprobable cuando el conocimiento adquirido no va más allá de la simple descripción matemática o una inútil recopilación de datos. Es decir, el conocimiento del universo es verdaderamente útil en la medida en que ayuda a la persona a adquirir la virtud. El sabio debe buscar las causas del funcionamiento del mundo, más que su «medición», puesto que esta se dejaría a «técnicos» como los geómetras.

Según expuso Séneca en la carta 88 de las *Epístolas morales a Lucilio*, disciplinas como la geometría y las matemáticas servirían de apoyo a la filosofía pero no formarían parte de ella, puesto que su objeto de estudio sería diferente. Al establecer una comparación entre filosofía y geometría, el cordobés señaló lo siguiente: «Además, una y otra persiguen determinados objetivos; de hecho, el sabio indaga y conoce las causas de los fenómenos naturales cuyo número y medida trata de calcular el geómetra». Poniendo un ejemplo concreto, Séneca expuso que, mientras que el filósofo estudia la causa de la reflexión de las imágenes en un espejo, el geómetra calcula la distancia del cuerpo respecto al espejo. Cabe señalar, no obstante, que el filósofo afirmó en más de una ocasión la utilidad práctica de tales conocimientos técnicos tanto para la vida humana como para el estudio del universo. Simplemente se trataba de conocimientos auxiliares, puesto que ni las matemáticas ni la geometría, entre otros campos, son útiles al alma únicamente por sí mismas.

La primacía de la ciencia especulativa por encima de la basada en el cálculo y la experimentación era frecuente entre las

doctrinas filosóficas de la época, con la excepción de Platón y los pitagóricos, que defendieron la importancia de las matemáticas para comprender mejor el mundo. En este sentido, muchos estudiosos de la Antigüedad grecolatina se dedicaron a explicar los fenómenos físicos estudiando sus «cualidades» (caliente, húmedo, frío...). La imposibilidad de medir tales cualidades de carácter físico con la tecnología de aquellos tiempos limitó la aplicación del cálculo matemático a unos pocos campos como la astronomía o la mecánica (y, en este último, solo a problemas sencillos).

Séneca fue más allá que muchos otros filósofos de la Antigüedad en lo que respecta a la importancia que concedió al estudio de la naturaleza como medio de conocer la divinidad. En el prólogo de *Cuestiones naturales* dividió la filosofía en dos partes: la que estudia al hombre y la que se dirige hacia los dioses. La primera enseñaría lo que debe hacer el ser humano, mientras que la segunda mostraría las leyes divinas. Para Séneca no cabía duda: la segunda era mucho más importante que la primera, puesto que entre una y otra había tanta diferencia como la existente entre el ser humano y la divinidad. El alma anhela conocer las «cosas divinas», ya que de esta forma puede retornar a su origen divino, lo que sería una prueba de su propia divinidad.

Séneca adoptó en gran medida las teorías estoicas sobre el universo, pero a menudo también aportó sus propias reflexiones. Según el estoicismo, el fuego es el elemento que genera el movimiento de la materia y la modifica, es la fuerza vital presente en todo. En cambio, como ya se ha comentado, para Séneca esta fuerza vital era el aire, el pneuma divino que insufla vida a todo el universo. Los estoicos asumieron también la teoría tradicional de los cuatro elementos (aire, fuego, tierra y agua) y postularon que todo lo que sucede en la materia inerte es consecuencia de la combinación de dife-

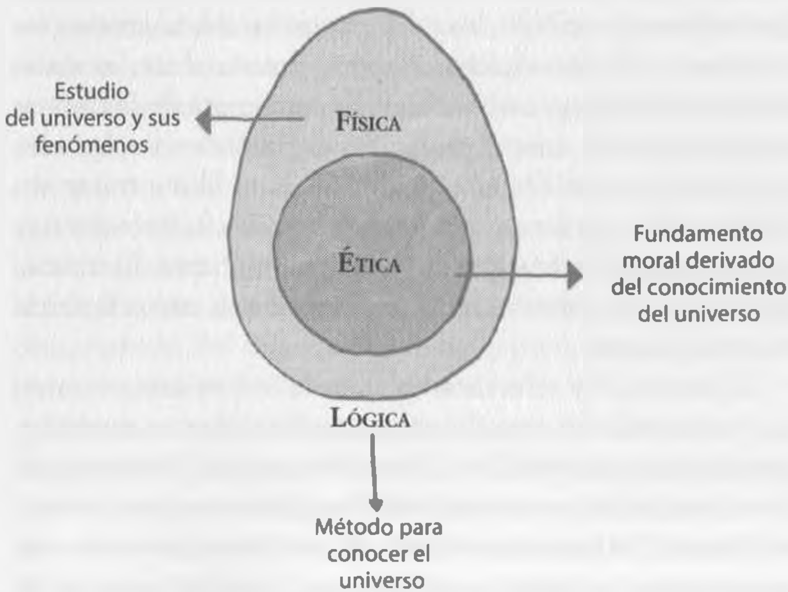
rentes cualidades. El ser humano, por su parte, también está constituido por materia —el cuerpo— y por la fuerza vital —el alma—. El cordobés también hizo suya la teoría estoica de la «conflagración universal», ya explicada en el apartado anterior, en torno a las destrucciones cíclicas del universo.

Asimismo, dentro de las teorías estoicas sobre el universo reviste gran importancia el concepto de *conciliatio sui*, que es la tendencia de todos los seres vivos a la propia conservación. Cada ser vivo es capaz de llevar a cabo una adaptación a las circunstancias que le permite la supervivencia. No se trataría de lo que actualmente se conoce como «instinto de supervivencia», pues, según Séneca, esta adaptación también se halla en las plantas: el débil tallo inicial se va robusteciendo a medida que la espiga gana peso. No, la *conciliatio sui* sería una consecuencia lógica del orden racional del cosmos: como parte integrante de este, ningún ser podría desear su propia muerte, pues ello significaría que el universo se niega a sí mismo.

En definitiva, para Séneca el mundo físico era la expresión de dios. Todo lo que sucede, desde los movimientos de los astros hasta el vuelo de las aves, es un reflejo de la armonía del universo, por lo que ningún hecho —incluido el más insignificante— carece de importancia. Nada sobra en el universo: «¿Y crees tú que en vano brillan en el cielo tantos millares de astros?». Para Séneca, lo verdaderamente admirable en la naturaleza era su curso normal, no solo fenómenos excepcionales como los eclipses que excitaban la imaginación del vulgo. De aquí deriva la dificultad para conocerlo plenamente, ya que el ser humano nunca podrá observar todo cuanto acontece en el cosmos. Y, sumado a la imposibilidad de la observación de todos los fenómenos visibles, está el hecho de que gran parte del universo está oculto a la vista humana y solo se puede comprender mediante el pensamiento.

EL HUEVO ESTOICO

Los filósofos estoicos dividían la filosofía en tres disciplinas bien diferenciadas: la lógica, entendida como la ciencia de los discursos y como método para conocer el universo; la física, como ciencia que estudia los fenómenos naturales y nexo indispensable entre dios y el universo; y la ética, fundamento moral derivado del conocimiento del universo, que se basa en el determinismo cósmico y en el fuego inteligente como ley que rige la existencia, así como en la justicia como factor indispensable para el funcionamiento correcto de la comunidad. Para explicarlas, los filósofos estoicos recurrieron a una original metáfora, la del huevo. Así, la lógica sería la cáscara del mismo; la física, su clara, y la ética, su yema. De este modo, los pensadores de esta escuela consideraban que el centro del que todo emanaba era la ética del individuo, sin la cual nunca podría alcanzarse la razón ni el ser humano desarrollaría completamente la parte racional de su alma. También acudían a la comparación de la filosofía con el cuerpo humano, de forma que la ética sería el alma, la física se constituiría como la carne y la lógica compondría el esqueleto.



Cuestiones naturales

Cuestiones naturales (62-63) es la única obra sobre física que se conserva de Séneca, si bien en diversos pasajes de algunos de sus otros libros también muestra un amplio conocimiento sobre temas científicos. Además, se conocen los títulos de varias obras perdidas que trataron cuestiones relativas a fenómenos físicos y naturales: *De lapidum natura*, sobre minerales y gemas; *De piscium natura*, sobre peces; y *De motu terrarum*, sobre los terremotos. El tratado *Cuestiones naturales*, junto con la *Historia natural* de Plinio el Viejo (23-79), fue uno de los textos de ciencia natural más leídos durante toda la Edad Media en el Occidente latino.

Al inicio del libro II se presenta el ambicioso plan de la obra: esta comprendería, siguiendo un esquema clásico, el estudio sistemático de los fenómenos celestes (astronomía), atmosféricos (meteorología) y terrestres (geografía física). Pero acabó tratando sobre cuestiones más concretas, como los cometas, el río Nilo, los relámpagos, las inundaciones, los terremotos, los beneficios que aporta la naturaleza, las aguas o los vientos, entre otros temas. La estructura de la obra se vertebra con los cuatro elementos de la materia aceptados por el estoicismo. De este modo, sus siete libros tratan sobre los temas siguientes: primero y segundo, fuego; tercero y cuarto, agua; cuarto y quinto, aire; y sexto, tierra. El último, dedicado a los cometas, probablemente sea una referencia al orden celeste.

En la obra hay referencias a más de treinta autores, aunque son escasas las citas directas y muchos de estos escritores eran poetas e historiadores. En su elaboración, Séneca siguió un método doble: combinó el doxográfico —que consiste en la recopilación y exposición de teorías ajenas— con sus propias observaciones y conclusiones. El cordobés describió

esta forma de proceder en la carta 84 de las *Epístolas morales a Lucilio*: consistía primeramente en recoger distintas ideas de libros diferentes, para después fundirlas como se crea más oportuno mediante la propia reflexión. De este modo, Séneca no solo presentaba las diversas teorías sobre una determinada cuestión, sino que también las rebatía o defendía siguiendo sus propios planteamientos. Esta postura reflejaba su independencia intelectual, contraria a considerar como absoluto el principio de autoridad: «Mas, ¿por qué no he de permitirme lo mismo que Anaxágoras, cuando entre nadie como entre filósofos debe existir igual libertad?». Por todo ello, no cabe reducir las *Cuestiones naturales* a una simple recopilación.

Evidentemente, no puede considerarse a Séneca como un científico en el sentido moderno del término; ni a él ni a ningún otro filósofo, técnico o investigador de la antigüedad grecorromana. Además, en Séneca destaca más que en otros autores la supeditación de la física a la ética. Para él, el conocimiento del universo servía como fundamento del «arte de vivir» que es el estoicismo. Por ello, las abundantes digresiones morales que se encuentran a lo largo de esta obra, a priori de tema científico, son completamente consecuentes con su concepción de la filosofía. El prólogo del libro I es muy claro con respecto a este posicionamiento: allí se señala la importancia del estudio del orden divino del mundo en la adquisición de la virtud, si bien la relevancia dada a la comprensión del universo ya se halla presente en obras anteriores como *Sobre la brevedad de la vida*.

Séneca se mostró en algunos pasajes de *Cuestiones naturales* como un agudo observador. Por ejemplo, habló de experiencias personales, derivadas de su condición de «diligente viticultor», al tratar sobre la cuestión de la absorción del agua de la lluvia por la tierra. Asimismo, es muy «mo-

derna» su idea de la investigación, pues en varias ocasiones expuso la necesidad de continuar estudiando un tema en concreto; por ejemplo, indicó que era necesario recopilar más observaciones en torno a los cometas para conocer mejor sus movimientos.

Por otro lado, mostró una notable intuición en algunas cuestiones como la de la posición de la Tierra en el universo. Aunque el filósofo Aristarco de Samos (310-230 a.C.) ya había planteado el heliocentrismo, esta teoría no fue aceptada por el paradigma científico grecolatino. El modelo vigente en la época era el geocéntrico, postulado por Aristóteles y más tarde revisado por Claudio Ptolomeo (h. 100-170). Según el estagirita, los astros se alojaban en esferas que giraban en torno a la Tierra; se trataba de un universo concéntrico, puesto que cada una de estas esferas rodeaba a la precedente y, a su vez, era rodeada por la anterior. Esta teoría se mantuvo vigente hasta el siglo XVI, cuando Nicolás Copérnico (1473-1543) demostró su falsedad. Por ello es tan remarcable que Séneca no aceptara acríticamente las teorías geocéntricas vigentes, sino que se planteara lo siguiente: «También convendrá investigar si el mundo gira en derredor de la Tierra inmóvil, o si es la Tierra la que gira y el mundo está fijo». Su actitud crítica también se evidenció al exponer sus propias conclusiones sobre diversos temas. Un ejemplo de ello se halla en el libro II de *Cuestiones naturales* en relación con la formación de los relámpagos y truenos: tras presentar diversas teorías al respecto, planteó sus propias conclusiones.

Desde el punto de vista científico, las teorías de Séneca sobre el mundo físico han sido evidentemente superadas. Sin embargo, hay pasajes de esta obra que muestran a un Séneca curioso y observador. En primer lugar, por defender la necesidad de continuar investigando las cuestiones que no estuvieran suficientemente claras. Y en segundo lugar,

por su capacidad crítica para plantearse dudas sobre temas que no considerara solucionados satisfactoriamente por otros autores, como el geocentrismo. Todo ello refleja a un filósofo que mantenía viva su habitual curiosidad y libertad de pensamiento ante cualquier cuestión. Al igual que en todas las materias que trató, no asumió nada acríticamente, ni tan solo las posiciones estoicas sobre determinados temas. A este respecto, Séneca resumió así su libertad intelectual en *Sobre la vida feliz*: «Y cuando digo nuestra [opinión], no me adhiero a uno en particular de los maestros estoicos: también tengo yo derecho a opinar».

Séneca, junto con gran parte de la nobleza romana, había asumido como un hecho consumado la implantación del régimen imperial. El filósofo podía, al igual que otros muchos miembros de la élite, añorar la antigua República y tener como modelo de virtud a personajes como Catón el Joven, que había muerto defendiendo el antiguo orden republicano. No obstante, Séneca también era consciente de que no había vuelta atrás y aludió en ocasiones a la inestabilidad y la corrupción imperantes en los últimos años de la República, «aquel despojo de la República». Asimismo, en el recuerdo pesaba mucho el período de inestabilidad y guerras civiles que en el siglo I a.C. había precedido la toma del poder por Augusto, precisamente al término de una de estas guerras civiles —entre los años 88 y 30 a.C. se desarrollaron cuatro conflictos fratricidas—. Ello había comportado que las élites prefirieran la relativa estabilidad del Imperio a la insegura libertad del último siglo de la República. Es cierto que el Imperio se vería azotado por numerosas guerras civiles más adelante, pero la época de Séneca no se vio agitada por conflictos internos. De hecho, fue tras el asesinato de Nerón (68) cuando estalló la primera guerra civil del período imperial. Por otro lado, Séneca tampoco tenía en demasiada estima los procesos democráticos. Al igual que en otros ámbitos, en política se opuso a seguir los dictados de la mayoría, pues consideraba que los resultados de las elecciones dependen del «mudable favor». Para Séneca, «las mismas cosas aprobamos y las mismas criticamos; este es el resultado de cualquier juicio en que se emite el fallo siguiendo a la mayoría».

La monarquía, sin embargo, no era el régimen ideal de Séneca ni de los estoicos. Exceptuando el tratado *Sobre la clemencia*, en el resto de sus obras la figura del príncipe o rey suele ser presentada de forma negativa. Por ejemplo, el filósofo cordobés criticó a menudo a Alejandro Magno, al-

convierte en la cárcel del alma, a la que esclaviza con sus pasiones y vicios.

Dios (*Deus, -i*): según el panteísmo estoico, principio activo que rige el universo. En gran medida, la divinidad también es equivalente al universo, a todo lo que existe. En Séneca, el concepto de dios, sin separarse completamente del panteísmo estoico, adquiere unos rasgos propios que lo convierten en una divinidad más personal y cercana, en línea con la creciente religiosidad de su época.

Dualismo: creencia en que en el ser humano existe una neta división entre alma y cuerpo. En su reflexión sobre el ser humano, Séneca adoptó en gran medida el dualismo de Platón. El alma es considerada la parte más noble del ser humano, con una naturaleza similar a la divina, mientras que el cuerpo es visto como algo despreciable, mera carne.

Felicidad (*felicitas, -atis*): estado de sosiego espiritual al que se llega tras un proceso de mejora interior, es decir, tras conseguir la virtud. Para los estoicos, la verdadera felicidad la alcanza aquel que lleva una vida conforme a la naturaleza. Se trata de un estado de paz interior que solamente el sabio puede lograr.

Fortuna (*fortuna, -ae*): concepto abstracto que fue divinizado por griegos y romanos como una diosa que otorgaba y retiraba sus favores de forma caprichosa. En Séneca es más bien un sinónimo de destino. El filósofo insistió en la necesidad de no temerla ni esperar nada de ella si se quiere llevar una vida feliz.

Fuego (*ignis, -is*): uno de los cuatro elementos —junto con el aire, la tierra y el agua— que, según gran parte de las doctrinas filosóficas y físicas grecolatinas, constituía la materia. Para muchos estoicos, además, el fuego divino era el principio activo del cosmos. Séneca, en cambio, consideró que este principio activo era el aire, al que daba el nombre de *spiritus* o *aer*.

Inmortalidad: creencia en que el alma del ser humano sobrevive tras su muerte. Para Séneca, esta idea era un bello sueño en el que se podía creer o no, pero que no podía ser demostrado.

Libertad (*libertas, -atis*): según el estoicismo, aceptación voluntaria del destino. Aunque el ser humano no puede cambiar su

Índice